



Camuflaje y política de la impureza en *Zárate* de Eduardo Blanco

Alejandro Cortázar

Louisiana State University

Resumen

En su novela *Zárate* Eduardo Blanco recurriría al tradicional estilo romántico hispanoamericano de exponer mediante el trasunto de la historia sus propias creencias, su preferencia política y su sentimiento de clase para presentarnos un nuevo proyecto de nación. Blanco se apoyaría en el dispositivo novelesco de recurrir a un momento particular de la historia de Venezuela, recreando un contexto de inestabilidad y terror en torno a la figura del bandolero Zárate, para mostrarnos que la verdadera justicia social no podría radicar en las leyes establecidas por hombres comunes de oscuro linaje sino en la voluntad de Dios, la cual había sido tradicionalmente conferida a la aristocracia como la clase dirigente de los designios de la nación. Esto con el propósito de criticar y eliminar no necesariamente a Zárate, el bandido de la historia social, sino a su némesis, el jurisconsulto y bandido materialista Sandalio Bustillón; el político burgués de su tiempo que se escudaba bajo la máscara de la legalidad que éste mismo dictaminaba; el individuo que abusaba de la política como escudo protector de su impureza racial, social y cultural. Esto es lo que finalmente se erradica para recuperar el pasado, dice el narrador, de “las sanas costumbres de nuestro pueblo” sujeto al orden de paz y armonía regido por la aristocracia venezolana. Era éste un proyecto de nación distante de la realidad política del autor: un proyecto fallido, como se verá, edificado a raíz de un sentido desencanto que lo condujo a imaginar la nación en base a la nostalgia por un pasado que no fue.

Palabras clave: Nación, justicia, aristocracia, impureza, máscara.

Camouflage and the Politics of Impurity in *Zárate* by Eduardo Blanco

Abstract

In *Zárate*, Eduardo Blanco turns to the traditional Hispanic American romantic style of depicting history in order to expound his own beliefs, political preferences and feelings about social class and present us with a new project for a nation. Blanco depends on the novelistic device of recurring to a particular moment in Venezuelan history, recreating a context of instability and terror around the figure of the bandit, *Zárate*, to show us that true social justice cannot lie in the laws established by common men of obscure lineage, but in God's will, which had traditionally been conferred on the aristocracy as the class that should direct the plans of the nation. In this novel, Blanco's purpose was not necessarily to criticize and eliminate the social bandit, *Zárate*, but his nemesis, the legal advisor and materialistic bandit, Sandalio Bustillón, a bourgeois politician of his time who hid beneath the mask of legality he himself dictated; an individual who abused politics as a shield to hide his racial, social, and cultural impurity. This is what is finally eradicated in order to recover the past, as the narrator says, of "the sound customs of our people," subject to the order of peace and harmony ruled by the Venezuelan aristocracy. This was a project for a nation far from the author's political reality: a failed project, as will be seen, created in response to a deep disappointment that drove him to imagine the nation based on nostalgia for a past that never was.

Key words: Nation, justice, aristocracy, impurity, mask.

Hacia la tercera parte del siglo diecinueve en Venezuela, así como en algunos otros países hispanoamericanos, el positivismo empezaría a imponerse en la política liberal con la consigna de "orden y progreso", incorporando en lo sucesivo el con-

cepto darwinista biológico-social de integración y diferenciación. Era ésta una filosofía política de apertura (de "progreso") comercial, cultural y de inmigración que beneficiaba muy en lo particular al sector empresarial extranjero así como al nue-

vo sector de la clase dirigente en el país. Política que si bien por un lado imponía el orden para todos, por el otro la realidad del progreso de unos cuantos, asimismo hacía evidente la realidad de las diferencias raciales y culturales en la generalidad de la nación. Como bien lo señala Germán Carrera Damas, ya desde a partir de la Guerra Federal (1859-1864) y la Federación, contrario a lo que se pensaba con la política nacionalista de ese tiempo, en vez de ser integradas, las masas populares fueron más bien rechazadas de la historia venezolana. Así las cosas después de la Guerra Federal, “los sectores de la clase dominante pueden pelearse entre sí sin temor al pueblo, sin temor a los negros, sin temor a los esclavos” (Carrera Damas: 106). La nación, cada vez más endeudada y con más pobres, quedaba entonces a merced de los designios de los dos sectores de la clase dominante; el conservador y sus valores tradicionales, conformado por la vieja oligarquía terrateniente y mercantilista; y el liberal, presidido por la nueva burguesía capitalista.

Zárate (1882), como producto y reflejo de esa realidad sociopolítica, es una novela gestada a partir de la perspectiva nostálgica de la recuperación del pasado tradicional venezolano (la historia colonial de las “sanas costumbres”) en relación a los valores de un pasado europeo (la

Edad Media y el feudalismo) en que regía la fe cristiana y un orden monárquico. Su autor, Eduardo Blanco (1839-1912), quien en un tiempo formara parte del ejército dirigente de Venezuela en su proceso de continuidad como nación independiente, nos presentaba en 1882 un proyecto de nación reaccionario a la etapa de modernidad social, política y cultural en que había entrado Venezuela desde 1870 con el nuevo caudillo dirigente, Antonio Guzmán Blanco. Año en que éste mismo, además de emprender una postura anticlerical y una retórica que reivindicaba al nativo americano como parte integral de la identidad venezolana, asimismo habría de expresar “la sentencia que tanto se le enrostró después, cuando dijo que terminaría con los godos [antiguos criollos realistas, ahora parte de la reacción conservadora] hasta como sector o clase social” (Carrera Damas: 68). Como se verá a continuación, con *Zárate*, Eduardo Blanco se apoyaría en el dispositivo novelesco de recurrir a un momento particular de la historia de la nación para distanciarse de su presente político y atacar desde ahí, textualmente, no necesariamente al bandido social sino al político burgués; individuo considerado como un bandido materialista que se protegía bajo la máscara de la legalidad que éste mismo dictaminaba; personaje que abusaba de la po-

lítica como escudo protector de su impureza racial, social y cultural.

Camuflaje de la historia y la ficción

El contexto de la novela remite al año 1825 en que se recrea la historia que gira en torno a la figura del bandolero Santos Zárate, el terror de “los campesinos del valle de Aragua” (239). Un temible bandolero que, de acuerdo con el narrador, surge como producto de la superstición y la incredulidad comunitaria creadas por el desajuste sociopolítico de la época; por la negligencia, la ineptitud y el soborno de las leyes. Señalamiento ficticio que se sujeta sólo en parte a la verdad histórica. Lo que realmente acontecía en ese tiempo era que “los campesinos [entre estos muchos llaneros] sin ninguna preparación castrense, eran arrebatados de sus pueblos, separados de sus familias y de su lugar de trabajo y obligados a asu-

mir unas responsabilidades y tareas para las cuales no estaban preparados” (Fernández: 78). En tiempos de receso bélico, estos individuos eran despedidos sin más gratificación a veces que las gracias. Su condición de desempleados y su recién adquirida práctica (militar) del saqueo era verdaderamente una de las principales causas que los impulsaba a incursionar en el bandolerismo como medio de subsistencia¹.

Siguiendo con su historia, el narrador sostiene que con “los primeros albores de la paz” después de la independencia, “nuestro pueblo tornó a los antiguos hábitos de respeto a la ley, ... recuperando el tesoro de las sanas costumbres” (234). No obstante, a mediados de 1824 el resurgimiento del fanatismo pagano empezó a dominar en la creencia y la imaginación del pueblo en su diario vivir. “Dada en la época aludida la sencillez de nuestro pueblo, fácil es conjeturar que no faltasen

1 Este fue el origen del bandidaje a partir de las guerras de independencia. En este tiempo se aprecia que “[p]or doquiera hay destrucción y abandono; los esclavos, las guerrillas, y las tropas sin asistencia logística, han saqueado, ocupado y destrozado pueblos y haciendas” (Salcedo-Bastardo: 317). En lo sucesivo, el bandido vendría a ser una especie de ladrón, campesino desempleado y/o combatiente militar o una combinación de dos o más de estos elementos a la vez. De hecho, según Salcedo-Bastardo, el bandolerismo social llegó a intensificarse en Venezuela a partir del liderazgo de Páez y la Cosiata de 1826. “En menos de treinta años [había] hecho crisis el mediocre orden contrarrevolucionario [de Páez], de explotación y sujeción —particularmente de las masas rurales—, de mentiroso ‘Poder civil’, de sistema censitario, de leyes para el agio y para castigar ejemplarmente el bandolerismo surgido del hambre y de la desesperación” (378).

quienes en provecho propio la explotasen” (239). De acuerdo con una ineludible “conjetura” del narrador, uno de esos “explotadores” era el bandolero Santos Zárate, a quien todos conocían y describían cada cual a su manera y entender. Por ejemplo, para la imaginación del teniente Orellana, “ese diablo de Zárate tiene garras de tigre y narices de zorro” (21). Sus robos y asesinatos se confundían en la imaginación colectiva con el creciente temor que iba de boca en boca, haciendo del malhechor, dice el narrador, “un ente sobrenatural” (49). En el plano de lo social, por lo tanto, Zárate es un individuo prácticamente nulo. Como se puede apreciar, la imaginación colectiva lo sitúa muy por encima de la “sencillez” del pueblo venezolano. Además de ente sobrenatural también adquiere calidad de mito: “[t]odos afirman conocerle, y, sin embargo, no andaban muy acordes las señales fisonómicas que cada cual se complacía en detallar prolijamente, motivándose por ende acaloradas discusiones” (49). Es el mito que luego, en medio de la confusión, adquiere personificación caricaturesca y hasta fantástica. Cuando se cree haberlo aprehendido, siendo que en realidad se trataba de Panaque, otro bandolero de su partida, “hubo quien pretendiera tirarle de las narices para asegurarse de que no eran postizas; y los chicuelos llo-

rababan, espantados; ... las viejas le hacían cruces” (52). Inclusive a sus adeptos Zárate les hacía creer “que poseía la socorrida facultad de la adivinación, que no había medio de engañarle ni de sustraerse de sus crueles venganzas” (241). De manera que Zárate no es otro sino el tirano del terror sin rostro que adquiere forma mediante la sumisión de sus adeptos, haciéndoles creer a sus víctimas, por otro lado, que es “[él] mismo quien a la vez est[á] en todas partes” (251). Lo paradójico es que de un bandido de maquinaciones oscuras, subversivas, de brujo y estrategia, luego se nos presente a Zárate en “otra parte” actuando como el héroe a quien todos aplauden y que asimismo desconocen (el *Villalobos* que salva a Horacio Delamar de ser embestido por el toro en medio del redondel). También es conocido (en “otra parte”) en la hacienda de don Carlos Delamar como el ganadero comedido y respetuoso José Oliveros, descrito por el narrador como un hombre “vestido a la usanza de nuestros llaneros, con polainas de cordobán con botones de plata” (124). Irónicamente, la única persona que en verdad conoce la identidad y el paradero de Zárate es el mismo narrador. Si primero lo ridiculiza como mito degradado, como ente fantástico de terror en la conciencia popular colectiva, ¿por qué también insiste en mantenerlo en la

sombra del misterio a lo largo de su historia, paradójicamente, invitándonos a sus lectores a reconocer a este hombre que viste “polainas de cordobán con botones de plata” como uno de “nuestros llaneros” venezolanos?² El caso es que Zárate es más conocido (por desconocido) como ente sobrenatural y no social, y por eso debe ser capturado y erradicado. Para ello se designará al capitán del ejército republicano, Horacio Delamar, un militar combatiente que, después de la de Carabobo y otras batallas menores en que todo aparenta estar en paz sin nada más que hacer, para “matar el tiempo” decide dedicarse “a la caza de salteadores” (39).

Desde su regreso a Venezuela Horacio no ha tenido la oportunidad de reencontrarse con su tío don Carlos y su prima Aurora Delamar. Pero ahora que va en camino hacia La Victoria en persecución de Zárate, podría darse tiempo para visitarlos en su hacienda El Torreón, en compañía de su amigo Lastenio. Dicha hacienda estaba rodeada de una exuberante belleza con formas y costumbres que hacían recordarle aquellos buenos tiempos de castillos y fantásticas tradiciones de la Edad Media. Siguiendo con su “fantástica” analogía, Horacio le sugiere a

Lastenio que se imagine este pasado, “y más si se te antoja, y verás cómo la chimenea del trapiche de mi tío aparece a tus ojos más soberbia y majestuosa que el vetusto torreón de Vincennes; y cómo la modesta habitación donde nos alojaremos esta noche adquiere las magníficas proporciones del castillo de Windsor” (40-41). Atinado encanto de la imaginación que bien emparejaba con el encanto carismático del patriarca del “feudo”, don Carlos Delamar, quien era estimado por todo mundo por su trato de bondad y simpatía hacia los demás. El buen patriarca aseguraba que los hombres “todos son criaturas de Dios y no deben tratarse como animales” (119). Es tanta su bondad, según nos da a entender el narrador, que inclusive los esclavos y los bandidos le brindan suma reverencia y gratitud. Pero si realmente es don Carlos tan bueno como se dice, ¿cómo justificar el que tenga que mantener a “los esclavos de la hacienda. . . [en tan] ínfima condición a que [estaban] sometidos” (201)? ¿Acaso estos hombres y mujeres no eran “criaturas de Dios” ni de “nuestro pueblo”? ¿Por qué insiste el narrador en referirse al bandido Zárate como uno de “nuestros llaneros” solamente para degradarlo socialmente y mantenerlo en

2 Véase por ejemplo páginas 52-53, 59, 124, 144, 145 y otras más.

la sombra del misterio?³ Con el continuo uso del término “nuestro”, aparentemente Blanco se proponía irradiar en la conciencia de sus lectores la idea de que la historia de ese mundo que describe era verdadera y también de ellos (“nuestra”).⁴ No obstante, dejando implícitamente establecidas las distancias sociales, ya que desde el punto de vista de su personaje Horacio el término “nuestro”, más allá del uso connotativo de identificación reflejaba más bien el uso denotativo de posesión (de “nuestro pueblo” subyugado y sujeto a los designios de la “aristocracia”): uso regulado por una imaginación tergiversada hacia el deseo distante de lo que era la realidad.⁵

Muy diferente a “nuestro pueblo” con su “sencillez”, Horacio Delamar asegura no ser “de los que creen en

la predestinación ni en los ocultos y misteriosos agentes que dirige el destino”, sino por el contrario, dice, “soy de los que sostienen que el hombre, árbitro de su suerte por el libre albedrío, es lo que quiere ser” (30). Verdad es que si Horacio no se ha contagiado con las creencias de “nuestro pueblo” has sido gracias al hecho de haber pasado su juventud en Francia, y ahora como militar aristócrata puede ser “lo que quiere ser” para “matar el tiempo”, como el lanzarse a la cacería de quienes manipulan esas creencias desestabilizadoras del orden comunitario que se rige a base de las tradiciones, el orden y las virtudes de la clase aristocrática. Asegura que si “los tiranos de ayer eran eternos; los de hoy, sólo viven lo que tarda en despertar el pueblo; los de mañana... ¡ah!,

3 Además de la esclavitud vigente, el trabajo forzado de los negros –lo que bien se pudo ocultar (camuflajear) legalmente como sector de asalariados– conllevó al “auge de las rebeliones de esclavos y de los *cumbes* inmediatamente después de Carabobo, sobre todo en la región central de la República” (Carrera Damas: 80). El bandolerismo, por su parte, como ya lo hemos referido anteriormente, fue un problema social que originó del desorden militar, y que luego se extendió debido a la miseria y el hambre.

4 Véase Bolet Toro 10-11.

5 La revolución de independencia libera e incorpora a un gran número de esclavos al ejército, y algunos logran subir a posiciones de alto rango. Ya han aprendido a rebelarse y a valorar la libertad. Por otro lado, también se empiezan a sentir en gran medida las repercusiones sociales. “En las más elevadas funciones públicas, políticas y militares, culturales, eclesiásticas, profesionales y económicas, se encuentran hombres salidos de las capas media y baja de la sociedad. . . El concepto de ‘nobleza’ y la propia aristocracia colonial sufren el impacto. Los títulos y las distinciones hereditarias son suprimidos” (Salcedo-Bastardo: 318). La familia aristocrática que refiere Blanco en 1825 sería en última instancia parte de los repatriados o “la nueva gente [como la oligarquía latifundista] que velozmente trepa a los primeros puestos” (Salcedo-Bastardo: 318).

ésos no existirán” (42). Pero, ¿a quién se refiere Horacio con los tiranos “de hoy” y los “de mañana”? En Venezuela el tirano de 1825 podría ser acaso José Antonio Páez –caudillo que encabezaría la contrarrevolución bolivariana con el apoyo de la oligarquía caraqueña para independizar a Venezuela de la Gran Colombia–, pero como se sabe, este tirano vivió (duró) más de “lo que tarda en despertar el pueblo”. Entonces, ¿será que el “de hoy” que no debe existir “mañana” no sea otro sino el mismo Antonio Guzmán Blanco, el tirano del “hoy” de Eduardo Blanco?⁶.

La política de la impureza

Si *Zárate* representa la personificación del terror sin rostro, el jurisconsulto Sandalio Bustillón será el verdadero terror que se oculta tras la política de la legalidad. Otra vez, a diferencia del apuesto y noble capitán del ejército Horacio Delamar, tenemos en Bustillón a un individuo

que en lo exterior era “de aspecto vulgar y repulsivo, aunque de maneras cultas y corteses y halagador, cuando no áspero y altivo” (71). Bustillón era también, por otro lado, un hombre “sagaz en los asuntos de su profesión y de notoria acrisolada probidad. Según sus apologistas, que el doctor contaba con millares, no existía nadie que se le pareciese, ni podían comparársele, siquiera fuera en ilustración y buen decir, los más altos letrados de Caracas y de la capital de la República” (71-72)⁷. Este aparente alarde de preponderancia en realidad no es más que un sarcasmo por parte del narrador, ya que lo que por otro lado le interesa mostrar con Bustillón es la ridiculización de las leyes civiles, “sumisas, a todas las interpretaciones que el exigente doctor pluguiera darles” (72). Sarcasmo que se hace evidente a lo largo de su narración al darnos cuenta de su inclinación más bien a favor de las virtudes aristocráticas y las “sanas costumbres” (léase sumisión) de “nuestro pueblo”. En este

6 No es una simple conjetura textual señalar que el autor Eduardo Blanco se esconda bajo la máscara de su personaje Horacio Delamar, ya que en ambos, además de hacer alarde de su abolengo aristocrático, existe un verdadero paralelismo de experiencia militar. Eduardo Blanco ingresó a la Academia Militar en 1859, y en 1861 fue ascendido a coronel del Estado Mayor del general José Antonio Páez. Una vez que regresó de Francia, dice Horacio Delamar: “me incorporé al ejército patriota la víspera de Carabobo; obtuve de Bolívar puesto de meritorio en su Estado Mayor” (39).

7 Ya varios críticos han sugerido que Bustillón pudiera ser la representación de Guzmán Blanco. Bolet Toro, por ejemplo, sostiene que “el jurisconsulto, en un sentido simbólico, mantiene una relación mimética con Guzmán y el guzmancismo” (16).

sentido, Bustillón representa su adversario, simbólicamente el tirano “de ayer”, aunque, como sabemos, en realidad sería el tirano “de hoy” de los tiempos del autor, lo que se puede apreciar como una confrontación dialéctica entre los dos sectores de la clase dirigente que empieza a disputarse el poder a partir del marco jurídico que ofrece la Constitución de 1864, aprovechado por la naciente burguesía liberal.⁸ En el contexto histórico de 1825 en adelante, no es el mundo de los Bustillones el que predomina, sino el de Páez: caudillo venezolano que se hace líder del pueblo y de la oligarquía, no por acato a las leyes sino por lo que es, o sea, por sus propios atributos (patriotismo independentista, carisma, astucia y bravura).

De acuerdo con el narrador, el jurisconsulto ha alcanzado su encumbramiento en el poder a base de la sagacidad y los “ocultos manejos” de su profesión, es decir, aplicando las leyes según los tiempos e intereses particulares. No en balde era un erudito de larga experiencia, “revestido de la doble autoridad del doctorado y de la ciencia... [que] llegó de simple lego, empezando por sacudir el polvo

a las vetustas leyes con un manojito de plumas de gallina” (73). Ahora con el pánico y el fanatismo desatado con la reaparición de Zárate “en todas partes” de la comarca, las autoridades civiles, los jefes militares y el público en general depositaban la confianza en el jurisconsulto como la persona idónea para guiarlos en su objetivo de aniquilar al bandido. Circunstancia que aprovecharía Bustillón para “atizar las pasiones” con esmeros de política “insinuando sospechas, exagerando peligros y concediendo, en fin, al audaz bandolero pensamientos que nunca había tenido, miras más altas que las que todos le reconocían” (265). “Miras” fantasiosas que para él se habrían de materializar en nuevos peldaños en la escala de la opulencia, sin importarle el que estas “miras” condujesen asimismo a nuevos crímenes y lágrimas y baños de sangre de gente inocente. Hombre sin escrúpulos para quien la única forma de abrirse brecha entre “la oscuridad de su nombre y . . . los pecaminosos antecedentes de su vida” (265), dice el narrador, consistía en “subir”, atreviéndose inclusive a desafiar a Dios. Así describe el narrador su depravado pensamiento:

8 Remítase a la introducción de este trabajo. Bolet Toro también reitera que Bustillón “definitivamente pertenece a un contexto social distinto al del narrador, el de la sociedad burguesa que se ha desarrollado principalmente durante el proceso modernizador que se inicia a partir de 1870, cuando Guzmán Blanco asume el poder” (22).

<<¡Necios, llegué! Llegué, a pesar de todo, a la cumbre anhelada, arrastrándome a veces como inundo reptil, levantándome luego cual iracunda bestia, sin respeto por nada, pisoteando derechos, esgrimiendo calumnias y perfidias, . . . amenazando para ser respetado, diciendo, por conveniencia, no sentidas verdades para engañar mejor; . . . llegué al fin tan deseado, y heme aquí, superior a vosotros, a pesar de vuestras hipócritas virtudes, de vuestro ridículo recato, amparo de vuestra nulidad, tácita expresión de la impotencia>> (266).

Es ésta una introspección del jurisconsulto escudada en el recelo y la contrariedad. Misma en que confiesa haber “subido” a costa de la degradación de las leyes, pero también, a pesar de todo, de su “tácita expresión de la impotencia” por no contar con las virtudes con que otros cuentan llamándolos irónicamente “hipócritas”. Lo que nos quiere dar a entender el narrador al adjudicarle este cargo de conciencia a Bustillón, es que no hay persona más hipócrita, falta de escrúpulos, que el mismo jurisconsulto, quien toda vez reconocida su “impotencia” sabe que la única forma de seguir “subiendo” será solamente mediante el encumbramiento aristocrático. Idea que atosigaba su mente y que perseguía materializar uniéndose en matrimonio con la joven Aurora, hija de don Carlos Delamar. Pero Aurora ama a su primo Horacio, a quien el jurisconsulto ha mandado encarcelar

por una supuesta complicidad con Zárate. Entonces Bustillón ofrece intervenir para lograr la libertad de Horacio a cambio de que Aurora acepte ser su esposa. Como su soborno no surte efecto en las mentes intranquilas de los Delamar, luego arremete ofreciendo sumas de dinero por la mano de Aurora. En esto, la indignación de don Carlos llega a sus límites exclamando que “qué vale la vida sin la honra” (414), aludiendo a la tradición que depositaba en el ser femenino la honra familiar y el estatus de clase social aristocrática. Este aún tiene la esperanza de que Horacio sea hallado inocente y Dios lo pueda ayudar. Así continúa el diálogo: “–Para Dios [Horacio] no es culpable –dijo cínicamente Bustillón–, pero lo es para los hombres, y estamos en la tierra” (415), de lo que se advierte que la justicia de los hombres la predispone él, Bustillón (el “tirano”).

A esta “justicia de los hombres” el autor la contrapone con la justicia que confería la historia patria en la figura del general Páez, personaje que absuelve a Zárate por su valentía, arrepentimiento y disponibilidad para hacerse un hombre de bien moral y socialmente. Parte de la condición para ese bien moral es hacer que Horacio recupere su libertad y que pueda casarse con Aurora, ya que por culpa de Zárate Horacio se encuentra encarcelado. Lamentable-

mente la violencia tiene que ser parte de este “bien”, pues para ello Zárate necesita aniquilar a Bustillón.⁹ Aniquilando al jurisconsulto, Zárate se reivindicaría moralmente como individuo vengándose a la vez de su creador como bandido, esto es, del “bandido legal”.

Horacio obtiene su libertad sin darse cuenta de los acontecimientos. En su camino hacia Aurora, el recto militar, cazador de bandoleros, se encuentra con Zárate y se bate con él hasta lograr darle muerte en el duelo. Con esta acción se llegaba finalmente al exterminio de ambos bandidos. Eliminando a Zárate se eliminaba físicamente al bandido, pero también simbólicamente a la serie de bandidos (porque así como Zárate, Bustillón también “a la vez est[aba] en todas partes”) y a la inmoralidad social. Esto, en la mente del patriarca don Carlos no era otra cosa sino la “Justicia de Dios” (457); justicia que en lo terrenal reivindicaba las virtudes y las

costumbres aristocráticas confiriéndoles el derecho de continuidad mediante el casamiento de Horacio y Aurora Delamar.

Nación ingrata

Por medio de *Zárate*, como producto de su pensamiento, estética e ideología, Eduardo Blanco se propuso proyectar la aristocracia como modelo dominante de la historia social venezolana del siglo diecinueve, sin duda, como reacción al inicio del proceso del nuevo orden modernizador que amenazaba con eliminar ese pasado tradicional del que él también formaba parte. Pasado que en realidad el mismo autor se había encargado de modificar (ficcionalizar) ya que Venezuela no contaba ni contaría con una aristocracia de nobles virtudes sino con una oligarquía que cuidaba celosamente de sus privilegios.¹⁰ Con el régimen de Guzmán Blanco, el país empezaría a democratizarse (léase “transformarse”)

9 Recuérdese que Santos Zárate es el “bandido social”, producto de las injusticias del “bandido legal”. Es un joven llanero que adquiere notoriedad como simple abigeo para convertirse después en un temible bandolero debido a la exageración que se hace de sus delitos, y con ello su apremiante persecución, y los abusos físicos que comete el jurisconsulto contra su madre que luego la conducen a la muerte.

10 La aristocracia trasplantada en la Colonia, después de la Independencia, degeneró en oligarquía porque para mantener su antiguo estatus se vio precisada a recurrir al abuso de gobierno. Como es sabido, esta clase de individuos sería la base de apoyo de la tiranía caudillista, empezando con la tiranía del propio José Antonio Páez. De manera que por más que el narrador la identifique como “aristocracia” esta clase de individuos conformaba socialmente nada más que una oligarquía.

y surgirían nuevos valores y modales y, al menos en la retórica política, nuevos tipos ciudadanos –valores geométricos distributivos por una minoría en el ámbito de una suelta nueva ciudad letrada– con un racionalismo progresista que en lo social se traduciría para muchos en una práctica opresiva y discriminatoria.¹¹ De manera que con su *Zárate* el autor (defensor de la oligarquía) se proponía combatir y desacreditar este nuevo sector del poder, la burguesía liberal. Se trataba de un nacionalismo no por ni para “nuestro pueblo” sino obsesivamente cla-

sista, por reacción y confirmación. Esto es, por reacción al presente del autor –de privilegios y ambiciones– y por confirmación de su supuesto pasado en que se hacía evidente el desprecio por los nativos, y los negros o pardos sólo eran mencionados como dóciles criaturas en su condición de esclavos o sujetos ser-viciales.¹²

Según se aprecia en la novela, eliminando a los Bustillones se eliminaría el bandolerismo legal (Guzmán blanco y la burguesía liberal) para restablecer el orden social a manera de mandato divino deposita-

- 11 El país empezaba a modernizarse con la llegada del telégrafo, los trenes, la luz eléctrica y nuevas formas de esparcimiento sociocultural con el nuevo auge teatral, las modas francesas en las tertulias y los bailes y otros encuentros ciudadanos. “En los sitios de esparcimiento recién diseñados con cierto criterio urbanístico las costumbres y la cultura del pasado comienzan a transformarse. En ellos también las ideas se discuten libremente, la sociabilidad se democratiza, y surgen nuevos modales, nuevos valores, nuevos tipos ciudadanos. Muchos de estos adelantos, vale decir, sólo se quedaron en la mera fachada, y no llegaron a representar un verdadero desarrollo para el país. Sin embargo, ellos significaban un hecho ineludible: el inicio de un proceso de cancelación de un pasado tradicional” (Bolet Toro 9). Inicio “de un proceso” que habría de mantenerse como tal hasta bien entrado el siglo veinte.
- 12 En el pasado idílico que nos recrea el narrador, éste asegura que “las cosas y los hombres eran entonces lo que realmente eran, sin subterfugios y ambages, ni exageraciones hiperbólicas: una vaca era una vaca; un bribón reconocido no era más que un bribón. Pecado mortal en lo político como en lo social era adueñarse de lo ajeno; y el que lo cometía era tildado de ladrón, y como tal tenido y castigado” (237). Siguiendo con esta lógica, cabría añadir además, por ejemplo, que un esclavo era un esclavo y que un militar bandido era un militar bandido, pero obviamente que estos individuos no representaban una amenaza en “adueñarse de lo ajeno” en la estructura política mental del narrador. Como se puede apreciar, éste se identificaba con la minoría gobernante que miraban la nación como una simple estructura de poder. Minoría que definía la nación “en un sentido exclusivo con el propósito de preservar el orden económico y social que había heredado del régimen colonial” (Lynch: 155; traducción propia del texto en inglés).

do en la “aristocracia”.¹³ Desafortunadamente para el autor, esto resultaría en un proyecto de nación fallido. Bustillón, el intelectual de “oscuro linaje”, burgués oportunista, político corrupto, representaba ya en gran parte el paradigma del criollo o mestizo hispanoamericano que en aras del progreso de la nación aspiraba a trascender su origen social mediante el oportunismo de la política. Lo irónico era que en el proceso de realizar su objetivo político-materialista, para poder establecer una imagen pública social, este individuo viviría con la paradoja de tener que solapar su “oscuro linaje” a la vez que él mismo se encargaría de promover y escudarse con los modales de la cultura europea. Esto lo previó el autor pero no lo explicitó más allá de su ficción quizá por temor a posibles represalias. Veamos el momento del diálogo entre Bustillón y don Carlos Delamar en que éste implora compasión por la suerte de su hija Aurora:

—¡Oh, tened piedad de mi inocente hija!
—¡Piedad!... —repetió Bustillón con amargura—. ¿Acaso existe alguien que de mi

la haya tenido nunca? (413)

Zárate representaba en esencia otro idealismo distinto en la historiografía romántica hispanoamericana, era una nueva muestra de desplazamiento del “yo” insatisfecho en su realidad presente; el presente del autor Eduardo Blanco. Intelectual que se contaba entre “los letrados más ilustres” que si bien nunca manifestó públicamente ser antiguzmancista,¹⁴ su novela hablaría lo contrario por él a manera de un particular diseñado camuflaje; una forma de imaginación romántica para emitir su testimonio en contra de la política y la cultura de este régimen dictatorial. Un sentido desencanto que lo condujo a imaginar la nación en base a la nostalgia por un pasado que no fue.

13 Uno de los personajes más detestados por la oligarquía en la historia de Venezuela era precisamente Guzmán Blanco. La oligarquía podía “mostrarse benévola hasta con Zamora, pero siempre intransigente con Guzmán Blanco” (Carrera Damas: 103) por haber hecho suyo el programa que establecía la Constitución de 1864, “en contraste con el régimen censitario [de la oligarquía] de 1830; [esto era, que] todos deben servir a la nación; igualdad de derechos; abolición de la esclavitud; gratitud de la enseñanza” y otras garantías individuales (Carrera Damas: 105).

14 Véase Picón Salas, *Literatura Venezolana*, 132.

Bibliografía

- BARNOLA, Pedro P. *Eduardo Blanco, creador de la novela venezolana: estudio crítico de su novela Zárate*. Bogotá: Pontificia Universidad Católica Javeriana, 1954.
- BLANCO, Eduardo. *Zárate*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1997.
- BOLET TORO, Francisco José. "Zárate: las máscaras y los signos de la identidad nacional." *Revista de Literatura Latinoamericana* 36 (1998): 7-24.
- CARRERA DAMAS, Germán. *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1997.
- DÍAZ COVARRUBIAS, Juan. *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico*. México, D. F.: Porrúa, 1991.
- DÍAZ SEIJAS, Pedro. *Historia y antología de la literatura venezolana*, t.1. Madrid/Caracas: Jaime Villegas Editor, 1953.
- FERNÁNDEZ, Edmée. "El guzmancismo en la novela venezolana". *Venezuelan Literature & Arts Journal/Revista de Literatura y Artes Venezolanas* 2.1 (1996): 71-84.
- LYNCH, John. *Caudillos in Spanish America: 1800-1850*. New York: Oxford University Press, 1992.
- PARRA, Juan Darío. *Orígenes de la novela venezolana*. Maracaibo, Ven.: Universidad del Zulia, 1973.
- PICARD, Roger. *El romanticismo social*. Trad. Blanca Chacel. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- PICÓN-SALAS, Mariano. *Literatura venezolana*. México, D.F.: Editorial Diana, 1952.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo. *El contrato social o principios de derecho político / Discurso sobre las ciencias y las artes / Discurso sobre el origen de la desigualdad*. México, D. F.: Porrúa, 2000.
- SALCEDO-BASTARDO, J.L. *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas: Fundación Gran Mariscal de Ayacucho, 1977.